EL TEATRO

GALERIA DRAMATICA

ESCOGIDA.

EL SACRIFICIO DE LA VIDA.

por

Jose Peon y Contreras.

BUENOS AIRES

LIBRERIA DE J. BONNATI E HIJO.

Buena Orden, 259.

EL SACRIFICIO DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSE PEON Y CONTRERAS

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Principal, la noche del 6 de Febrero de 1876.

MEXICO.

IMPRENTA DEL «ECO DE AMBOS MUNDOS»
CALLEJON DE SANTA CLARA NUM. 10.

1876.

Esta obra es propiedad del autor, segun la ley.

AL EMINENTE ACTOR ESPAÑOL

SR. D. ENRIQUE GUASP DE PÉRIS.

Con particular cariño ha acogido vd. los humildes trabajos mios en el ramo mas difícil y penoso de la literatura.

El éxito que han obtenido esos trabajos, débese sin duda al amor con que los ha puesto en escena el Director de la Compañía y á la inspiracion con que vd. y la Sriia. Concepcion Padilla, hábilmente secundados por sus distinguidos compañeros, han dado vida y seduccion á sus personajes.

Debia yo á vd. por su doble carácter de artista y director, y por vivos impulsos de amistad, una pública manifestacion de agradecimiento y hoy pretendo pagar esta deuda, escribiendo su nombre al frente del «Sacrificio de la Vida.»

Su amigo afectísimo

JOSE PEON Y CONTRERAS.

PERSONAJES.

MARGARITA..... SEÑORITA CONCEPCION PADILLA.

INES
(DONCELLA DE MARGARITA)... SEÑORITA MAGDALENA PADILLA.

EL CONDE HERNANDO... SR. D. ENRIQUE GUASP DE PERIS.

ENRIQUE..... SR. FEDERICO ALONSO.

ORDOÑO..... SR. MANUEL FREIRE.

NUÑO..... SR. FELICIANO ORTEGA.

LA ESCENA EN MEXICO. AÑO DE 1526.

ACTO PRIMERO.

Salon magnífico en casa del Conde, con galería en el fondo.—Mesa con escribanía y recado de escribir.—Anochece.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. NUÑO que viene en pos de él.

ENRIQUE.—¡Qué tenacidad la tuya!

NUÑO.—*(Suplicante.)* Mi capitan, en nombre del cielo....

ENR.—Estás loco?

NUÑO.—Volveos.

ENR.—Es empeño original, Nuño. ¿Que no hé de ver al Conde?

NUÑO.—Señor....

ENR.—Dame al menos una razon.

NUÑO.—¿Una razon? Yo os la daré, mi capitan, yo os la daré; pero fuera, no aquí.

ENR.—Y ¿qué hay que pueda impedirme entrar en la casa de mi protector? En esta casa me he criado, en ella he crecido, Nuño. Lo sabes bien.

NUÑO.—Con todo, mi capitan; yo me atrevo à pediros como una gracia que salgais de aquí.

ENR.—Entónces, alguna fatalidad ocurrida en nuestra ausencia....

NUÑO.—No....

ENR.—El Conde ha muerto....

NUÑO.—No.

ENR.—Espirante tal vez....

NUÑO.—Tampoco.

ENR.—La deshonra acaso ha mancillado sus canas, y no quieres avergonzarme....

NUÑO.—Oh! eso ménos, no es eso.

ENR.—*(Cambiando de entonacion, y como cediendo á un reeuerdo.)* ¿Le diste mi carta á ella?.... Se la diste? Para eso me has llevado un dia de delantera.

NUÑO.—*(Sin contestar á la pregunta de Enrique, desentendiéndose.)* Señor.... pensad en que el señor Conde està enfermo.

ENR.—Pero su enfermedad es muy antigua.

NUÑO.—A pesar de eso, la emocion.... la sorpresa podria causar en él un trastorno grave, y....

ENR.—Eso sí pudiera suceder,... Nuño díces bien.

NUÑO.—Yo me encargo de prepararle, y entónces volvereis.

ENR.—Bueno.... yá me alejo; pero no te hagas

aguardar mucho tiempo.... *(Váse por la galería, hácia la izquierda.)*

NUÑO.—*(Viendo alejarse á D. Enriqne.)* Al fin... al fin esto es ganar algo. *(Váse por la galeria hácia la derecha.)*

ESCENA II.

EL CONDE, solo.

CONDE.—*(Mirando á todos lados.)* Pues es curioso.... Juraria que estaban hablando aquí.... Nadie.... No hay nadie. Continuemos, pues, la tarea comenzada. *(Se sienta á escribir.)* Es necesario imponer à la Corte de Madrid, de lo que ocurre en esta desgraciada capital de la Nueva España.... Los desmanes de sus gobernantes no pueden conttnuar mas tiempo.... no.

ESCENA III.

EL CONDE, ORDOÑO.

ORD.—*(En la puerta del fondo.)* Señor Conde.

CONDE.—*(Dejando caer la pluma, y manifestando la sorpresa y el placer en su semblante.)* ¡Ah! Esa

voz. ¿Será cierto? No me atrevo à volver los ojos, por temor de un desengaño.

ORD.—*(Avanzando algunos pasos.)* Señor....

CON.—Sí, no hay duda... es su voz. ¡Ordoño! *(Levantándose.)* ¡Mi buen Ordoño!

ORD.—¡Ah señor!....

CON.—Ven..... á mis brazos. Abrázame. ¿Por qué no?

ORD.—*(Abrazando al conde.)* ¡Cuán venturoso soy!

CON.—¿Llegaste á Veracruz con la última flota?

ORD.—Y púseme en camino sin perder tiempo.

CON.—Cuánto te lo agradezco.

ORD.—Era mi deber, señor.

CON.—¡Ah! Y qué falta me has hecho....

ORD.—*(Mirando fijamente al Conde.)* Así lo considero. Pero, permítame vuestra señoría que le manifieste mi contento.... Le hallo muy mejorado....

CON.—*(Con satisfaccion.)* Pues ya lo creo que sí, Ordoño....

ORD.—Observo un no sé qué de extraño en vuestra casa: no estaba así hace dos años, cuando me ausenté de aquí.

CON.—No por cierto.

ORD.—Hé respirado, al atravesar el jardin, perfume de flores.

CON.—Sin duda.... y cuando tú partiste, hace dos años, no habia en sus áridos arriates un solo rosal.

ORD.—Habeis cambiado el mueblaje y los tapices.

CON.—Que éran ántes de color sombrío....

ORD.—Eso es, señor....

CON.—Eso es, Ordoño, que entónces vivia sólo, en-

teramente sólo, y triste, en esta mansion.... y ahora....

ORD.—Y ahora....

CON.—Ahora, vivo con un àngel.

ORD.—¿Un àngel? No comprendo.

CON.—Pues compréndelo Vive Dios, y alégrate, Ordoño, alégrate; porque ese ángel, que apénas cuenta diez y ocho primaveras: que conmigo vive: que lo alegra y lo embellece todo con su presencia, es mí dulce compañera.... es mi esposa.

ORD.—Vos.... ¿Casado vos, señor Conde? Y de este modo....

CON.—Vamos, y ¿qué te admira? Eso ¿qué tiene de particular?

ORD.—Nada, es verdad; nada tiene de particular.

CON.—Tú no me hablas con franqueza.

ORD.—Señor....

CON.—Yo te lo permito: habla.

ORD.—*(Con solemnidad grave.)* Si me hubiérais pedido consejo, si ántes de dar ese paso hubiérais oido la voz de vuestro antiguo servidor, yo os hubiera dicho: Señor Conde, mal vive á la sombra del tronco añoso y sombrío el débil tallo del rosal naciente. Aire, luz, frescura, rocío, busca la flor que và à entreabrir sus hojas à la sonrisa tierna del amor primero... en la oscuridad se amarillea, roban las tinieblas el perfume de su cáliz, y bajo la escarcha del invierno, se seca y se marchita doblegada.

CON.—Calla.... ¡Ay de mí Ordoño, si eso que estás diciendo es la verdad!

ORD.—Ya lo veis.... Mejor hubiera hecho en no deciros nada.

CON.—Oye: hace algun tiempo que partió con numerosas huestes, para el país de Ibueras, el Capitan Hernando Cortés, en busca de Cristobal de Olid, que ingrato, desleal y olvidadizo, alzó pendones contra él. ¿Lo sabias? ¿Supístelo en España? Bien. Pero lo que tú no sabes, lo que tú no podias saber, es el fatal de senlace da aquella triste jornada.

ORD.—Me llenais de curiosidad.

CON.—Hernando Cortés, víctima de una formidable rebelion, pereció allí con todos los suyos.

ORD.—¡El conquistador ha muerto!

CON.—Entre los que le acompañaban á aquella malograda expedicion, iba Don Lope de Benavides, padre de Margarita, de Margarita, de la que hoy es mi esposa. La dejó á mi cuidado: la dejó bajo mi amparo. ¡Desventurado Don Lope, y desventurado, mas desventurado aún mi pobre Enrique!

ORD.—¿Don Enrique tambien?

CON.—Tambien, Ordoño, pereció allí el hijo mio... ¡Ay de mi Enrique!

ORD.—Alentad, señor Conde.

CON.—Huérfana Margarita,.... sola en el mundo, herida al mismo tiempo que yo, dejó correr su llanto amargo, al par del mio.... El lazo del dolor unió su vida á mi vida.... Uno era nuestro gemido, nuestra plegaria una: una era para entrambos, la voz del consuelo. Veía yo à Margarita tan hermosa: me parecia su juventud tan bella: aparecia ante mí, Ordoño, tan fascinadora ¡tànto! como la imájen de esas em-

briagadoras ilusiones de nuestros primeros años, mas llenas de atractivo cuanto mas distantes. Tú no has amado, Ordoño....!

ORD.—Nunca, es verdad; yo nunca he amado.

CON.—¡Ay desdichado de tí! bajo una màgica influencia, sentí el calor en mi pecho.... la luz del dia me pareció mas clara, mas hermosa..... Y la enfermedad que me agoviaba con su peso, huyó lejos de mí....

ORD.—Y ella....

CONDE.—Ella me amó.... así me lo dijo: así lo dijeron sus lábios delante de los altares.

ORD.—Bien, señor.

CONDE.—Y soy dichoso.... muy dichoso. Ella vive arrimada á su viejo tronco.... y bajo la sombra bienhechora de mi amor infinito, aún no ha perdido sus colores, aún conserva su lozanía y su frescura esa hechicera flor de mi cariño. Margarita. *(Llamando.)*

ORD.—Señor, ocupada tal vez....

CON.—No.—Margarita. *(Llamando.)*

ESCENA IV.

DICHOS, MARGARITA.

MARGARITA.—Hernando, ¿me llamabas?

CON.—Sí, hija mia, sí: te llamaba. Quería que Ordoño te conociese. Tú ¿no conoces á Ordoño?

ORD.—*(Saludando.)* Señora....

MARG.—Sí, le conocia. Ya os conocia yo, señor Ordoño.... El Conde me ha hablado tanto de vos....

CON.—Oyelo.... ya lo estás oyendo... la he hablado tanto de tí, que ya no le eras desconocido. Margarita sabe que un mismo seno nos dió alimento: sabe que juntos crecimos, y que por el sendero de la vida, apoyado en tu brazo, hemos hecho juntos el camino. El tambien sabe ya que tú eres, Margarita, un angel de bondad: sabe que tú, y el recuendo de mi Enrique, sois los dos únicos amores de mi vida.... vida que, sin tí, hubiera terminado ya.

MARG.—Tú exageras, Hernando, cuando hablas de ese modo. Tú nada me debes, yo nada te debo, porque he pagado tu cariño con otro igual.

CON.—Muy bien dicho.... muy bien. Dame á besar tu frente, Margarita. *(A Ordoño.)* Es el beso de un hombre ya cási viejo: pero no es mi làbio el que toca su frente... es mi alma, siempre jóven para ella... ¿Qué rumor es ese? *(Se oyen vivas, y rumores del pueblo.)*

VOCES DENTRO.—¡Viva Hernando Cortés!)

MARG.—¿Qué dicen?

VOCES.—¡Viva el Conquistador!

CON.—¿Qué están diciendo?

MARG.—¡Dios mio!

ORD.—*(Que vuelve del balcon, á dónde se há acercado para oir mejor.)* ¡Viva, Viva Hernando Cortés! aclama el pueblo. *(Continúan los rumores.)*

CON.—*(Con suma agitacion.)* ¿No es ilusion de mis oidos?.... ¿Eso dicen, Ordoño? ¡Ay! Si eso dicen si-

guemé . Margarita, mi espada y mi sombrero. *(se pone ami las cosas.)* Vamos, Ordoño, vamos. O ese pueblo está loco, ó Dios há oido mi ruego.

ESCENA V.

MARGARITA, INES.

MARG.—*(Llamando.)* Inés.

INES.—*(Que sale agitada.)* ¿Habeis oido?

MARG.—Sí, Inés, sí tal; pero eso es mentira, no lo creais.... apellidan esas voces al Conquistador, y el Conquistador ha muerto.

INES.—Quién sabe.

MARG.—¿Tú lo dudas? ¡Ay! La verdad es que yo tambien lo estoy dudando.... Si Cortés vive....

INES.—Entónces, señora....

MARG.—Entónces Enrique tambien vive, y yo no quiero que viva! ¡Dios mio! ¿Qué estoy diciendo? ¡No querer que Enrique viva....!

INES.—Señora, pero si él viene....

MARG.—Si él viene, Inés.... es verdad ¿qué vá á ser de mí? ¡Me habia yo acostumbrado tanto á amarle muerto! ¡Era, ay Dios, ese amor tan puro, tan inocente! Pero el cielo no ha de querer, Inés, causarme un tormento tan horrible. ¿No te lo imaginas? Oye... el rumor del pueblo acrece de nuevo, y brama como la tormenta desencadenada..... Oigo pasos.....

¿quién....? ¡Ah! Jesus, Jesus me valga!.... ¡Nuño! *(Viendo aparecer á Nuño que se detiene á algunos pasos de Margarita.)*

ESCENA VI.

DICHAS, NUÑO.

NUÑO.—Señora....

MARG.—¡Nuño! ¿No estoy soñando? Habla.

NUÑO.—Señora, es la verdad.... Yo soy el mismo, y él....

MARG.—¿Y él?....—Acaba.

NUÑO.—Vive.

MARG.—¡Vive! ¡Enrique vive! ¡Ah! Que no venga.... que no venga.... que huya léjos de mi.

NUÑO.—Hé intentado alejarle, señora, pero envano.

MARG.—Y bien: ¿cuándo le hás visto? ¿Está como siempre?... ¿no viene herido? pero ¡ay! que esto es locura.... ¿Qué me importa á mí de él? no sé qué siento....

ENR.—*(Dentro.)* Nuño.

MARG.—Esa voz... es su voz... Quisiera huir; pero no puedo,.... mi planta se niega.... me es imposible moverme....

ENR.—*(Dentro, mas cerca.)* Nuño. *(Llamando.)*

MARG.—Por compasion.... sacadme de aquí vosotros.... arrastradme aunque sea.... ¡Ah! Enrique. *(Haciendo un supremo esfuerzo, y despues de una rápida vacilacion entre huir ó adelantar hácia Enri-*

qne, se arroja en brazos de éste que la recibe con indecible placer.)

ENR.—¡Margarita! *(Se abrazan. En este momento aparecen el Conde y Ordoño.)*

ESCENA VII.

DICHOS. EL CONDE. ORDOÑO.

CON.—*(Mirando á Enrique y Margarita, y estendiendo el brazo hácia ellos,)* Mira, Ordoño, míralos en estrecho abrazo.

ENR.—*(Turbado.)* Señor Conde. Padre mio. *(abraza al Conde.)*

CON.—¡Qué felicidad! ¡Qué suprema felicidad! ¡cuánta ventura! ¿No te alegras como yo, Margarita? Míralo, mira á mi Enrique.... ¿Porque bajas la frente, y te turbas?... ¡Ah nécio de mí! Ya lo comprendo.... Porque os hé sorprendido, ¿no es verdad? ¿Os conociais? Vamos; pues abrazaos de nuevo.... Abraza á mi esposa, Enrique.

ENR.—*(Llevando la mano á la empuñadura de su su espada, y con acento ensordecido por los celos.)* ¿A vuestra esposa, señor? ¿A vuestra esposa habeis dicho? (¡Margarita!....)

CON.—(Qué es esto?) Sí, hijo mio, sí,.... pero tu semblante transformado me confunde, y tú vacilas... já, jà, já, cómo tú, Ordoño,.... já, já, já, cómo tú, En-

rique se sorprende de que me haya casado.... Vamos, reponeos.... Yo voy à escribir en este pergamino. *(dirigiéndose à la mesa.)* mis felicitaciones à mi amigo Gonzalo de Sandoval. (!Dios mio.... Dios mio!)

ENR.—*(Acercándose à Margarita.)* Margarita, necesito hablaros.

MARG.—Nunca....

CON.—*(aparte.)* (Algo se dicen.)

ENR.—Hoy mismo, Margarita.

MARG.—No.

ENR.—Dentro de una hora.

MARG.—No.

CON.—*(Enrollando un pequeño pergamino, y dândoselo à Nuño.)* Ea. Lleva esta misiva, Nuño.

NUÑO.—Bien, señor. *(Vâse.)*

CON.—Tú, Enrique, abrázame otra vez.... Soy feliz, completamente feliz.... ¡Ah! Oye.... *(suena un clarin).*

ENR.—El deber me llama.

CON.—¿Volverás?

ENR.—Presto vuelvo.

MARG.—Esperad, caballero; mi padre partió con vos á las Ibueras. ¿Qué es de mi padre?

ENR.—Vuestro padre.... há muerto. *(vâse.)*

INES.—¡Ah! *(El Conde se dirige à Margarita; pero se detiene bruscamente.)*

ESCENA VIII.

EL CONDE, ORDOÑO, MARGARITA, INES.

CON.—Inés, haz que preparen habitacion à Enrique para cuando retorne—Acompaña á Margarita.

MARG.—Sí, Inés..... (La vida se me acaba. ¿Hay mas desdichas, Dios mio?) *(vanse.)*

CON.—*(tomando de un brazo à Ordoño, y llevândolo al medio del salon.)* Ya lo viste, Ordoño. Ya lo viste.... ¡Se conocian, se conocian,.... y.... sospecho que se aman!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Jardín alumbrado por la luz de la luna.—Puertas laterales con gradas.—En el fondo, una gran verja de hierro.—Bancos, árboles, etc.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, INES.

NUÑO.—Debió esperar mas tiempo.

INES.—Esperó.

NUÑO.—No, por mi vida.

INES.—Creyó que no volveria.

NUÑO.—Amor se nutre de ausencia, sí.... y al fin hubiera alcanzado el premio. ¡Ay quien de mujeres fía....

INES.—Quísolo así el destino.

NUÑO.—Es culpable, Inés.

INES.—Culpable no, desventurada. Mas ¿qué pudo dar orígen á esa fatal noticia?

NUÑO.—Muy sencillo es por cierto.

INES.—Pues yo no alcanzo á comprenderlo.

NUÑO.—Lo vas á comprender. Gonzalo de Salazar y Per-Almindez Chirinos, quedáronse por Hernando Cortés. para gobernar en su nombre la Nueva España. Parte el conquistador á Ibueras.... Gonzalo y Per-Almindez sospechan que el conquistador guarda en los aposentos de su palacio, el oro y las riquezas todas del Imperio Azteca. ¿Cómo adquirir ese oro? ¿Cómo apropiarse esas riquezas? Divulgando la funesta nueva de la muerte del conquistador. Cunde de boca en boca la desastrosa noticia. Los Gobernantes entran á saco el Palacio, y afianzan su poder sobre el ánimo contristado y abatido de los amigos de Cortés. Entretanto, nosotros, Inés, llegamos al final de la jornada. Cristóbal de Olid muere, y sus pendones rebeldes, dobléganse ante nosotros!... Pero, Inés, vuestra señora, se olvidaba de Don Enrique, y ante el ara santa entrega su corazon y su mano!... ¡Ay quién de mujer fía, y fía de promesas engañosas! Vé.... Ya lo sabes todo.... Aquí, dentro de breves instantes.....

INES.—¡Nuño!

NUÑO.—Mi señor lo quiere! *(Vánse, él uno por la derecha, y la otra por la izquierda.)*

ESCENA II.

El Conde, Ordoño por el fondo.

Con.—Aire.... necesito aire que respirar.... Allí dentro me ahogo.... me parece que estoy enterrado vivo y que la pesada loza de un sepulcro me oprime el pecho.... ¡Cómo cambia en una hora el presente! ¡Cómo se trueca en un minuto la dicha en llanto, y cómo muere en un segundo la esperanza!

Ord.—Alejad á Don Enrique....

Con.—Tú me viste hace poco..... Hace muy poco que te contaba, no sé qué de felicidades y alegrías.... Sentia jóven mi corazon, y late anciano ya. Te hablaba de salud, y estoy enfermo..... Apénas puedo tenerme.

Ord.—Es que tal vez os engañais....

Con.—¡Pluguiera al cielo! ¿Pero tú no los viste? No reparaste en aquel estrecho abrazo del alma? No viste aquellos ojos? No viste aquellos semblantes? Por qué los labios de Enrique temblaron? Por qué enmudecieron los làbios de Margarita?

Ord.—A veces, señor conde, obcecados por maligna influencia, creemos ver lo que no existe.... creemos....

Con.—Niño.... ¡Qué niño eres, y blanquean tus cabellos....! Tú mismo no crees lo que me estás diciendo, Ordoño! No lo crees....

ORD.—Señor....

CON.—En aquel momento de turbacion: cuando Enrique me preguntaba si era mi esposa Margarita, ¿no viste cómo temblaron sus dedos entre los gavilanes de su espada? No viste desprenderse de sus pupilas el relámpago de los celos,.... y cómo brotaron los mios aquí, en el interior de mi pecho?.... Tú no sentiste la tormenta.... tú no has llegado á comprender cómo hierve la lava de los volcanes, bajo la helada nieve de su cima.

ORD.—Pues bien, señor, si ese no es un engaño: si estais seguro de que esa es la verdad, os lo repito, alejad de vos á Don Enrique....

CON.—Alejarlo.... Alejar á Enrique.... separarlo de mi lado.... ¡Ay! Búscame á Nuño.... Al momento, búscamelo; quiero hablarle.

ORD.—Está bien, señor; obedezco.

ESCENA III.

EL CONDE, solo.

CON.—Ayer: anoche á esta misma hora, reclinaba yo tranquilo mi cabeza sobre la almohada.... Acababan de cerrarse mis láblos despues de una oracion.... Mi oracion de todas las noches por el alma de mi Enrique. ¡Dios mio! Y hoy, hoy vuelve á mi lado, y llega sólo á robarme la calma y el reposo.... Yo decia ¡infeliz de mí! que viviendo él, nada faltaria

á mi ventura, y hé aquí cuán horrible desengaño. ¡Ah!.... Si el padre de Enrique viviera, y me mirara.... si sus ojos pudieran leer en el revuelto fondo de mi pecho.... ¡qué làstima tendria de mí! Fuera mi sacrificio su amargura. *(pausa ligera.)* Oh! Yo necesito saberlo todo.... todo.... y apurar firme y sereno, hasta la última gota, la hiel del sufrimiento.... Y ella.... Margarita.... mi Margarita. Si al ménos pudiera odiarla.... Si al menos fuera culpable.... Nuño.

ESCENA IV.

EL CONDE, ORDOÑO, NUÑO.

ORD.—Aquí está Nuño.

CON.—*(A Nuño.)* Acércate.... ven acá.... acércate más.

NUÑO.—Mandad, señor Conde.

CON.—¿Te acuerdas de una triste noche, en que llorabas hambriento á orillas de un camino?

NUÑO.—Sí, señor Conde.

CON.—La luz de las estrellas alumbraba débilmente el macilento rostro de una mujer desdichada.

NUÑO.—¡Mi madre!

CON.—¿Te acuerdas, Nuño?

NUÑO.—Me acuerdo.

CON.—¿Quién la abrigó bajo su techo?

NUÑO.—Vos.

CON.—¿Quién cuidó de alimentarla?...

NUÑO.—Vos.

CON.—¿Y de aliviar sus dolores, y de darla sepultura?

NUÑO.—Vos, señor Conde, vos.

CON.—Pues bien, en nombre de aquella santa mujer, contéstame.

NUÑO.—Vuestro soy.... preguntadme.

CON.—¿Cuàndo ha conocido Enrique á Margarita?

NUÑO.—*(turbado.)* Señor... (Dios mio! ¿Qué hacer?)

CON.—¿Cuàndo?

NUÑO.—Hace tres años.

CON.—¿Dónde?

NUÑO.—Una tarde: en vísperas, en San Farancisco el viejo.

CON.—¿La amó?

NUÑO.—La amó.

CON.—¿Se amaron?

NUÑO.—Se amaron.

CON.—¿Veíala con frecuencia?

NUÑO.—Todas las noches, al pié de una reja.

CON.—¿Lo sabía Benavides, el padre de Margarita?

NUÑO.—Lo ignoraba, lo ignoraba como todo el mundo.

CON.—Y cuándo Don Enrique se marchó....

NUÑO.—Juráronse amor eterno.

CON.—Y él durante su asencia, ¿no pudo darla noticias suyas?

NUÑO.—Nunca.

CON.—¿Ni una vez sola?...

NUÑO.—Ni una vez.... Andando siempre por des-

conocidos senderos, llegamos, Señor, á Ibueras, sin dejar tras de nosotros mas que la huella de nuestras pisadas.... Pero Don Enrique me hablaba siempre de su amor..... siempre....

CON.—¡Ah siempre....! Basta, Nuño.... ¿Conoces mi hacienda de Churubusco?

NUÑO.—Sí, señor Conde.

CON.—En ella están alojados los padres franciscanos que llegaron hace algun tiempo.... Monta en la mejor de mis cabalgaduras, y parte al instante.... Toma: entrega en mano propia al Guardian de aquellos religiosos, este pliego.... Espera.

NUÑO.—*(volviéndose.)* Señor....

CON.—Sobre la cruz de esa espada que yo te puse al cinto, jura que no dirás nada à Don Enrique, tu señor, de lo que te hé preguntado.... júralo.... eres hidalgo.

NUÑO.—Lo juro.

CON.—Ahora, véte.

ESCENA V.

EL CONDE, ORDOÑO.

CON.—Ya lo oiste, Ordoño: ¿dudas ahora?

ORD.—No señor, no dudo.

CON.—¿Comprendes que uno de los dos, está demás sobre la tierra?

ORD.—Sí, Señor.

CON.—¿Comprendes todo el dolor de mi alma? Concibes la locura, la desesperacion hasta lo infinito? Concibes el horror á la vida? Sí, lo concibes, y es necesario terminar cuanto ántes.... Ordoño, prepara mi litera. Estoy de viaje.

ORD.—Señor, pensad....

CON.—Vé..... Cuando todo esté listo avísame. Aquí espero.

ESCENA VI.

EL CONDE, solo.

CON.—¡Lucha... lucha cruel, impía y bastarda! Yo no podré soportar su presencia.... no, no. Ellos ván á seguirse amando.... No podrá ser de otro modo... El amor no tiene barreras.... Salta sobre los abismos... Su campo es lo infinito... y la guadaña de la muerte nada mas le hiere.... Podrán verse todos los dias delante de mí, y yo no podré, tal vez ni sorprenderlos.... El amor se oculta muy fácilmente.... en una seña furtiva.... en una rápida mirada.... allí, allí se esconde.... Perdono la pasion; pero castigaría con sangre la ingratitud. ¡Ah! ¿Qué oigo? Se abre esa puerta.... ¡Enrique! ¿Qué querrá? Qué viene á hacer aquí? *(Don Enrique por una puerta lateral, baja silenciosamente, y avanza hasta la mitad del proscenio. El Conde se oculta entre los árboles.)*

ESCENA VII.

EL CONDE oculto, ERIQUE, despues MARGARITA.

ENR.—Aún no viene.... Si Margarita no acude à mi demanda, soy capaz en mi despecho.... ¡El Conde.... mi protector.... mi padre.... el Conde es mi rival! Todo el fuego del infierno, todo arde en mí seno. ¡Ah....! *(Aparece Margarita.)*

CON.—*(viendo á Margarita.)* ¡Ella!

ENR.—¡Margarita!....

MARG.—Sí, aquí estoy. Vos lo quisisteis.

ENR.—Mentira me parece.... no es esto posible; decid que estoy soñando: decid algo, señora, que me arranque al fin de esta horrorosa pesadilla

MARG.—*(Con indiferencia.)* ¿Yo? nada tengo que deciros.

ENR.—Odio, que no amor, debiérais inspirar á mi alma.... desprecio, que no celos. ¿Quién tiene valor para mostrar sereno su semblante, al recuerdo de una mentira?

MARG.—¿Mentira?

ENR.—¿No estoy yo aquí? Suena aún en mis oidos el eco de un juramento.... Tambien debe sonar en los tuyos, Margarita.

MARG.—¿Eso nada mas queriais decirme....?

ENR.—Eso... sí.... eso. ¿Sois de mármol por ventura?

MARG.—Sí, de màrmol.

ENR.—¿No amais?

MARG.—A mi esposo.

ENR.—No quita eso que seais perjura y falsa.

MARG.—Os creí muerto....

ENR.—Débil disculpa, á la mas negra de las ingratitudes.

MARG.—Os habia perdido para siempre.

ENR.—Y me olvidásteis.

MARG.—No, rogaba à Dios por vos, todos los dias.

ENR.—En la duda de si aún vivía....

MARG.—No, en la duda no, Enrique... Yo he visto el templo del Señor revestido de paños fúnebres à la tétrica y pavorosa luz de los blandones.... Allí estaba el suntuoso túmulo de Hernando Cortés.... Allí el de Pedro de Alvarado, el de Gonzalo de Sandoval, los de otros capitanes, y allí el tuyo, ¡el tuyo. Enrique!.... Dejé correr mi llanto.... Acompañaba al órgano la fúnebre plegaria de mi alma, y el vacío de la eternidad heló mi pecho.

ENR.—Otra llama ardió en él.

MARG.—Otra llama.... ¡Oh Dios!.... Cariño santo.... El Conde era tu protector.... Te amaba, como yo: como yo, sufria, Enrique, el dolor eterno..... ¡eterno es el dolor del que ama à los que hán muerto!

ENR.—Pero ya ves que aquél fué un horrible engaño, Margarita..... y yo no puedo vivir sin tí.

MARG.—Ni yo podré.

ENR.—Mentira habrá de ser la ilusion de aquellos amores..... mentira, el porvenir halagüeño con que

soñàbamos..... Y ¡cuán hermosa estás! *(Acercàncosé à Margarita.)*

MARG.—Calla.

ENR.—*(con vehemente pasion.)* ¡Margarita!

MARG.—Aparta.

ENR.—¡Perderte para siempre.....! Yo que te hé visto en mi delirio duránte esta malhadada ausencia sonreirme à todas horas, sonreirme al rayo de la luna, atravesando como blanco fantasma, la soledad del campamento..... en medio de las tinieblas, Margarita, disipadas en torno tuyo por la luz sola de tus enamorados ojos..... entre el fragor del combate rudo..... Oir tu voz que me decía: «Espera,» y descubrir ahora que aquel acento y aquella sonrisa no eran mas que delicioso ensueño de una esperanza que debía morir..... Saber ahora que en brazos de otro, mas venturoso que yo, pasas la vida: ¿No te parece esto espantoso? ¿Hay martirio mayor?

MARG.—No lo hay..... no lo hay.....

ENR.—No volveràs á verme nunca.

MARG.—¿Nunca? Qué intentas, Enrique? Habla.

ENR.—Morir..... tú tambien morirás.....

MARG.—Sí..... yo tambien, Enrique..... yo conozco que me dominará tu amor..... que no conseguiré arrancarte de mi memoria..... que à donde quiera que torne los ojos allí estará tu imàgen adorada.

ENR.—*(Aproximándose à Margarita.)* Bella fuera la vida de otro modo, Margarita.

MARG.—Sí..... muy bella.

ENR.—Siempre juntos los dos.....

MARG.—Sin separarnos ni un solo dia.

ENR.—Ni un solo dia.

ENR. Y MARG.—*(A un tiempo y rechazándose)* ¡Ah!

MARG.—El Conde es mi esposo.

ENR.—El Conde es mi protector.

MARG.—No debemos ofenderle ni con el pensamiento.....

ENR.—Esto que estamos haciendo es una infamia.

MARG.—Una infamia sin nombre.

ENR.—Es necesario que no volvamos á vernos.

MARG.—Nunca.

ENR.—Busque cada cuál la muerte, que es el único remedio para un dolor tan grande.

MARG.—Sí, adios..... adios..... para siempre.

ENR.—Para siempre.

CON.—*(saliendo.)* Enrique.....

ENR.—¡Ah!

CON.—Margarita..... Tú tambien..... Os buscaba, os buscaba á los dos..... Fuí á tu habitacion, y no te hallé... Fuí á la tuya; tampoco estabas, Margarita.... y cómo frecuentemente bajas á tu pequeño jardin, díjeme. allí debe estar ella..... tú, bajarias por casualidad.....

ENR.—Sí. (Respiro!)

CON.—Y os encontrásteis los dos.....

MARG.—Sí.....

CON.—Y estariais seguramente hablando de mí..... es seguro que de mí hablábais..... ¿No es cierto, Margarita? O hablabas de tu padre..... de tu pobre padre.... ¿Tú le viste morir? *(A Enrique.)*

ENR.—Sí..... murió, como mueren los valientes.

MARG.—¡Padre mio!

CON.—Es muy justo tu dolor..... ¡pobre Margarita!..... Resígnate, hija mia, resígnate..... á semejante golpe te habías resignado ya.....

MARG.—Es cierto.....

CON.—Al fin el cielo benigno nos envía un consuelo en Enrique..... era lo único que faltaba á nuestra dicha..... viviendo juntos.....

ENR.—No, señor Conde.

CON.—¿Cómo hás dicho?..... ¿Qué estás diciendo?

ENR.—Mañana al rayar el alba saldré de México.

CON.—Pero eso no es posible.....

ENR.—Si tal, señor: una comision del servicio me obligará á abandonaros.

CON.—Imposible.

ENR.—Señor.....

CON.—Te digo que es imposible, y..... mira..... ahora que os veo á los dos juntos, me acaba de ocurrir una idea, una hermosa idea. Si en vez de ser Margarita mi esposa, lo fuese tuya.....

ENR.—¿Qué decís?

MARG.—Señor.....

CON.—Sí... lo que habeis oido..... Ella llena de vida y de juventud..... en esa risueña edad de las grandes pasiones, de las pasiones ardientes!..... Tú jóven, arrogante, altivo..... ella lozana, tú fuerte..... ¡Cuánto os amaríais..... y cuan venturoso seria yo á la sombra de esos amores!

ENR.—¡Qué locura, padre mio.....! ¿No sois dichoso acaso?

MARG.—¿Acaso no te amo yo, Hernando, para hacerte feliz?

ESCENA VIII.

DICHOS, ORDOÑO (por el fondo.)

ORD.—Listo está todo, señor Conde; he preparado el viaje.

MARG.—¿Te vas?

ENR.—¿Os vais?

CON.—Sí; à mi posecion de Churubusco..... Tú Enrique, acompañarás á Margarita.

ENR.—Sólos. *(aparte.)*

MARG.—*(aparte y muy rápido.)* Sóla con él.

ENR.—Vos no podeis ir solo.....

MARG.—Fuerza será que yo te acompañe, Hernando.

ENR.—Y cuando hace tanto tiempo que vivimos separados, debo ir con vos.

MARG.—Soy tu esposa, y no debo separarme de ti

ENR.—En mí es obligacion hasta cierto punto.

MARG.—Y en mí un deber.

CON.—*(Rechazándolos suavemente.)* Basta.

MARG.—Hernando.....

CON.—Basta! Marcharé en compañía de Ordoño. Adios..... hasta despues, Enrique..... Margarita, hasta la vista!—Qué tormento, Ordoño, que tormento! *(Al llegar á la reja, se vuelve á las dos con supremo dolor.) y dice:* ¡Adios!

ESCENA IX.

LOS DOS, ENRIQUE Y MARGARITA, *se quedan un instante como ensimismados.*

ENR.—*(Dirigièndose â Margarita, y acercándose â ella.* ¡Margarita!

MARG.—*(Señalando al pabellon de la derecha.)* Idos, ni una sola palabra, ¡idos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de bóveda con puertas laterales, una á la derecha y dos á la izquierda en primero y segundo término.—Al fondo, en el medio, un balcon desde el cual se vén las copas de los árboles de un huerto.—Balcon á la derecha, junto á la puerta de entrada.—Un altar.—Una lámpara colgada del centro de la bóveda ilumina la escena.—Comienza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO, NUÑO,

NUÑO.—¡Horrible desgracia!

ORD.—Irreparable, Nuño.... ¿Quién pudo ni soñar en ella?.... Bien que el señor Conde andaba ya achacoso, y segun el pronóstico del físico. Pero López, que es un sábio, hace tiempo que nuestro señor debió pasar à mejor vida.

NUÑO.—Dios le tenga en su gloria.

ORD.—Así sea. El, hasta cierto punto, motivó con sus excesos el mal estado de su salud.... no excesos

reprochables.... nada de eso; pero era exagerado en el cumplimiento de sus deberes de soldado.... ¡Terrible batallador fué Don Hernando! Si tú le hubieras conocido mozo.... Luchó como el que mas, siempre al lado del Conquistador. El hambre y la fatiga jamas le doblegaron, y era el primero en el combate, y el último en el reposo. Aquellas prolongadas vigilias fatigaron su cuerpo, cubierto ya de honrosas cicatrices, y la vejez anticipada rugó su frente.... Ea, Nuño, paciencia, resignacion y à otra cosa. Don Enrique y la señora Condesa, si han recibido mi aviso del medio dia, deben estar llegando. De México à Churubusco no es larga la distancia, y à más, vendrán de prisa... Vete á su encuentro Nuño, y prepara el ánimo de la señora Condesa: yo espero aquí.

NUÑO.—Bien, señor Ordoño: os obedezco; empero, penosa y molesta asáz es la misiva.

ORD.—Cumple con tu deber.

NUÑO—Que Dios os guarde.

ORD.—El contigo vaya, Nuño.

ESCENA II.

ORDOÑO. (Se oyen sonar salmodias de difunto á lo léjos.)

ORD.—¡Ah! Ya todo terminó!.... El fúnebre clamor comienza á oirse. Y pensar que desde España he venido sólo para ser testigo de tanto duelo. ¡Cuánto no sufriria en unas breves horas, aquel noble corazon!

ESCENA III.

ORDOÑO, ENRIQUE que entra precipitadamente.

ENR.—Ordoño.

ORD.—Señor. ¿Y la Condesa?

ENR.—Tras mí viene.... héme anticipado unos instantes.... ¿Qué sucede?.... ¿Qué ha sucedido?....

ORD.—Oid....

ENR.—Ese canto....

ORD.—Es por él....

ENR.—¿Por él?.... ¡Dios poderoso! Fatalidad!.... ¡Fatalidad! Cuenta: cuéntamelo todo.... quiero imponerme de lo que ha sucedido.

ORD.—Señor, hace dos dias, como sabeis, vinimos aquí.... En todo el camino no desplegó los làbios el señor Conde.... toda la noche ardió el velon en su aposento, y oía yo, al través de la puerta, el son acompasado de su andar. Ayer por la mañana me llamó.... Densamente pálido ví su semblante, triste su mirada: «Quiero ver al Guardian, Ordoño: búscale» dijo. Obedecí, y á poco encerràronse los dos. Tomó escaso alimento.... Tornó el Guardian á conferenciar con él cuando la tarde caía, y al oscurecer, voces de duelo nos consternaron á todos. Negóse el señor Conde al terrenal auxilio, y espiró en los brazos del santo religioso.... único sér humano que permitió à la cabece-

ra de su lecho: amortajólo él mismo con el hábito de la órden, y nada más.... yo no hé podido volver allí, no hé podido: me ha faltado el valor para mirarlo.

ENR.—Basta. Ordoño.... ¡Pobre padre mio! No parece sino que el destino se entretiene en jugar con mi alma.... por todos lados herida.... por todos lados desgarrada.

ESCENA IV.

DICHOS. MARGARITA, NUÑO.

MARG.—¡Ah! Bendito Dios que os veo Ordoño.... ¿Qué pasa aquí? ¿Es cierto.... es cierto lo que me dice Nuño....? ¡Ah! Era la verdad: lo leo en vuestro semblante!

ENR.—Animo, Margarita, ánimo.

MARG.—¿En dónde, en dónde está?

ORD.—En la capilla, señora: oid los oficios.

MARG.—*(A Ordoño.)* ¿Y no me avisásteis?

ORD.—No hubo tiempo para nada, señora Condesa, no era posible.

MARG.—*(A Enrique.)* Conducidme.

ORD.—*(A Enrique.)* Allí, señor: por allí, al fin de esa escalera; guía, Nuño.

ENR.—Venid, Margarita.

MARG.—Vamos.

ESCENA V.

ORDOÑO, despues EL CONDE por la puerta izquierda del primer término que habrá estado cerrada.

ORD.—Ahí van. Hé aquí lo que es el mundo. Ayer, esos dos séres que se aman, sentian latir sus corazones, separados el uno del otro por una barrera insuperable: hoy, un soplo la hace pedazos. Cumplidas las aspiraciones de su alma, verán al cabo que las puertas de su esperanza se abren de par en par sobre la fria losa de un sepulcro. ¡Ah! Ya esto es la locura....! Qué veo? *(Viendo aparecer al Conde.)*

CON.—Calla.... Calla Ordoño.... silencio!

ORD.—¡Fascinacion!

CON.—Fascinacion no.... es la realidad.

ORD.—¡Dios poderoso!

CON.—¿Dónde están? Han venido? Quiero verlos, quiero verlos la última vez.

ORD.—Allí, señor; en la capilla.

CON.—¡En la capilla! junto à ese ataúd que guardarà dé hoy mas el secreto de mi vida!.... Nadie lo sabe, nadie.... Sólo tú y el guardian de los Franciscanos lo sabeis..... Hé muerto para el mundo!

ORD.—Pero eso no es posible, señor Conde, semejante sacrificio.....

CON.—Tú no sabes lo que este sacrificio me cuesta: tú no lo sabes; ni podrás imaginarte lo que hé sufrido!

ORD.—¿Qué causa puede obligaros à tan espantoso tormento?..... Encadenaros para siempre en una càrcel sombría.....

CON.—Para siempre. Y ¿cuánto puedo vivir yo, Ordoño? No me ves? No me estás mirando?

ORD.—Con todo, la libertad de un dia!.....

CON.—Y de qué puede servirme á mi la libertad? Oye..... escúchame atento; juzga bien si lo que hago está bien hecho. Era la última noche del mes de Julio de mil quinientos veinte. Plomizo y enlutado el cielo, ennegrecia con fúnebre sombra la tersa superficie de las lagunas de Anàhuac. Ni una pàlida estrella lucia en el firmamento. La capital del Imperio Azteca parecia dormir. Los cuarteles castellanos eran abandonados sordamente, y como se arrastra la serpiente cautelosa en el silencio de la noche, así se deslizaba en columnas por las solitarias calles, el ejército de Cortés. De repente, la luz de cien antorchas iluminó el espacio, y el pavoroso grito del esterminio y la matanza, retronó fatídico en los aires! De la masa informe de la tiniebla densa, y de los antros de la tierra, y del cenagoso fondo de la laguna, parecia que brotaban, como evocados fantasmas, millares de guerreros. Cuitlahuatzin reia..... y la sangre azteca, y la sangre castellana, corriendo en ancho surco, tiñó las aguas. Gritos, plegarias, lamentos, alaridos poblaban el espacio, y el gran tambor del Teocali dejaba oir su voz atronadora. Yo estaba allí, Ordoño..... La rabia de la desesperacion alentaba mi pecho. De pronto, me ví sólo, ¡sólo!..... y en torno mio cien macanas amenazaban mi frente. Cada vez que mi brazo se extendia, armado

del mellado acero, mi sangre hallaba una nueva salida..... Mis fuerzas se agotaban..... y el velo de la muerte anublaba mis ojos..... «Animo» gritaron de repente cerca de mí, y distinguí un guerrero. Blandió su espada en derredor, y como cegados por la hoz del campesino, cayeron mis contrarios. Entónces la esperanza de la vida renació en mi alma, y abrí los brazos para estrechar en ellos á mi generoso salvador. Opreso estaba en ellos, cuando ¡oh Dios mio! una enemiga flecha, hiriéndole por la espalda, atravesó su corazon..... Cayó, y alli... espirante.... con voz inteligible apenas..... me dijo: «Tengo un hijo, Hernando: sé su protector: sé su amparo: házlo feliz!» y envuelta entre el gemido ahogado de aquella postrer palabra, se acabó su vida. Aquel hombre, Ordoño, era el capitan Juan Velazquez de Leon!

ORD.—Sí, comprendo.

CON.—Era el padre de Enrique. Desde entónces aquel niño fué mi hijo; todo el amor del desventurado padre se reconcentró en mi seno, y el huérfano vivió a mi lado. ¿Y quieres Ordoño que hoy, hoy que el amor hace palpitar su corazon... hoy, que el amor de Margarita es su vida, es su esperanza, la asesine en su pechopara siempre? No.... no.... «Hazlo feliz,» dijo el guerrero que por salvarme moria.... ¿Y hé de hacerlo desdichado? Nunca.

ORD.—Con todo, señor conde; ese mancebo podrá olvidarla un dia.

CON.—Jamás..

ORD.—El amor y el respeto que os profesa....

CON.—Harán su suerte mas desdichada.

ORD.—Es vuestro hijo....

CON.—Serà ese su tormento mayor.

ORD.—Alguna vez la resignacion dulcificará sus penas, y el olvido vendrà un dia en su ayuda.

CON.—¿El olvido? Nunca! No lo creas! La llama abrasadora crecerà ante el fantasma de lo imposible.

ORD.—La razon tendrà que sobreponerse.

CON.—La razon no existe cuando se ama.... Tú no conoces el corazon de Enrique.... Sólo los padres conocen á sus hijos. Margarita será para él el deseo incesante.... el incesante torcedor y.... óyeme: un dia, el ódio germinarà en su corazon, como en las rocas endurecidas la planta venenosa: en noches eternas de vigilia y desesperacion, tenderá las alas sobre su frente el génio del mal, y entónces, entónces, Ordoño, sentirá su pecho destrozado por la angustiosa sed de la venganza.... y ¡horror! Enrique derramarà mi sangre, ó yo.... ó yo, loco por los celos, ofuscada la razon por la enormidad de la culpa, ¡mancharé mi diestra con la suya! ¿Callas? Tu làbio há enmudecido? Al fin comprendiste que tengo razon? Ya lo ves, tengo razon.

ORD.—Es horrible convencerse.

CON.—Término breve hubiera podido dar à mis dolores....

ORD.—¿Qué decís, señor?....

CON.—Sí: Yo hé visto, al rugir en mi alma desesperada, la tormenta de los celos, el halagador fantasma del suicidio... Yo le hé visto llamarme... sonreirme... y me ha parecido que la angustia, aposentada en mi pecho, se alejaba de mí.... huía.—¡Oh! Qué horrenda

ansiedad destroza mi alma! Arde mi cabeza.... ¿qué es esto? mira.... Míralo.... Allí está.

ORD.—Quién?

CON.—Sobre su cuello cárdeno, sangriento, reposa dulcemente su cabeza.... ¡Cuál vaga por sus làbios descoloridos plácida sonrisa....! La felicidad eterna, infinita, cierra con blanda mano sus párpados. La envidia no devora sus entrañas, y su corazon no late... Eso es el descanso, el perenal descanso.... eso es no sufrir, no odiar, no amar, no gemir,... es el sueño de la ventura sin fin, en cambio de un dolor breve. ¿De qué me sirve el acero? *(Como respondiendo al fantasma que le pregunta).* Oh! Dices bien: ¿de qué me sirve? *(Desenvainando la daga y dirigiéndola contra el corazon.)*

ORD.—*(Arrojándose hácia el Conde.)* ¡Ah!

CON.—*(Volviendo en sí, y arrojando al suelo el puñal.)* ¡Ah!

ORD.—¿Qué haceis?

CON.—¡Horror! ¿Yo criminal? Recoje, Ordoño, el arma matadora. Otras veces no ha sido tu voz, ha sido la voz del cielo, que la ha arrebatado de mi mano, la que oí: el grito de la conciencia dominando al dolor, á la desesperacion.... y entónces, mi lábio trémulo y avergonzado ha pedido perdon al cielo como ahora.

ORD.—Tormento tal, señor Conde.....

CON.—Mata tambien, tambien mata. Es preciso esperar..... venga la muerte airada por su presa..... la muerte, grata á mi Dios, y respetada por los hombres. ¿Qué rumor es ese? Suben.....

ORD.—*(Mirando por lae scalera.)* Suben la escalera. Ella..... es ella.

CON.—Huyamos, que no me vea, Ordoño..... ¡que no me vea! Huyamos. *(Vánse precipitadamente.)*

ESCENA VI.

ERIQUE, MARGARITA.

MARG.—Ni una palabra mas, Enrique.

ENR.—Locura inexplicable, sepultaros para siempre en un convento.... ¿No sabeis lo que es eso?

MARG.—Estoy resuelta.

ENR.—No podrá ser.

MARG.—Ya lo vereis.

ENR.—Margarita, yo iré á arrancaros de allí.

MARG.—El corazon me dice que el Conde descubrió nuestros amores: que desesperado huyó á este sitio, y que maldiciendo su destino, no pudo sobrevivir á su amargura.

ENR.—Suposicion tan sólo....

MARG.—Y si fuese cierto? Volvernos a mirar siquiera sería un insulto á su memoria. ¿Amarnos? Amarnos no.... su espectro mudo y sombrío aparecerá siempre entre nosotros como una barrera.

ENR.—Margarita!....

MARG.—Nunca, mas vale así: dejadme sola,... sola con mis recuerdos.... yo os bendeciré desde mi sole

dad.... Jóven sois, sois rico! embriagaos en otro amor, y dejadme en paz.

ENR.—Y vos podeis.... ¡Por compasion!

MARG.—Por compasion, dejadme. Nuño! *(Haciendo ademan de retirarse.)*

ESCENA VII.

DICHOS, NUÑO (por el fondo.) ORDOÑO Y el CONDE (que sale con hábito franciscano y calada la capucha, por la puerta izquierda del primer termino.)

ORD.—*(deteniendo á Margarita.)* Esperad, señora Condesa, este santo religioso que acompañó al señor Conde en sus últimos momentos, tiene un pliego para vos. El debe entregároslo. *(El Conde alarga el brazo á Margarita, y le dá un pliego cerrado.)*

MARG.—*(tomando el pliego.)* Gracias, padre mio.

CON.—¡Ay Ordoño! Desfallezco.... esa voz....

MARG.—*(Despues de pasar los ojos por el papel.)* ¡Qué veo! Oid, Enrique: acercaos: *(Lee.)* «Yo no sé qué me mata, Margarita; pero siento que el dolor de no verte mas, me arrancará la vida, ántes que la helada mano de la muerte ahogue mi corazon. Tuyas mis joyas son y tuyos mis tesoros. Aquel mi otro amor de la tierra, mi Enrique, te amará como yo te amé.... no mas que yo. Haga él mis veces. Un dia Ordoño llamará á la puerta de la morada de Enrique, y le dirá: «Buscad á Margarita, y enlazaos con ella.»

CON.—Pronto, Ordoño, será..... Me siento morir.

MARG.—*(Leyendo.)* «Yo lo quiero, yo lo exijo de tí. —Adios para siempre.»

ENR.—¡Oh noble corazon!

MARG.—¡Dios mio!—Bendecidme, padre, bendecidme. *(Se postra á los piés del Conde.)*

CON.—*(Extendiendo el brazo sobre la cabeza de Margarita, y apoyándose en Ordoño.)* Sostenme, Ordoño, sostenme.

ENR.—Márgarita.....!

MARG.—*(Levantàndose y despidiéndose de Enrique.)* Vete Enrique; en hondo duelo, léjos el uno del otro, consagre nuestro pecho á su memoria santa el tributo de sus lágrimas; acaso un dia nos uniremos para siempre! Dame tu brazo, Nuño: Vamos. *(Enrique la contempla y cuando ha desaparecido, con un movimiento de desesperacion se arroja á la escalera del fondo y desaparece. Margarita sale por la puerta lateral derecha.)*

ESCENA VIII.

EL CONDE, ORDOÑO.

CON.—*(Avanzando càsi delirante hâcia la puerta por donde Margarita há desaparecido.)* Se vá..... para siempre..... ¡para siempre! pronto sin tí, moriré.....Margarita.—Enrique! que mi dolor sea vuestra

ventura. Que mi sacrificio, os haga dichosos. *(Vacilando y próximo á caer desfallecido por la emocion.)*

ORD.—*(dirigiéndose en su auxilio.)* Señor Conde...

CON.—*(Apoyándose en Ordoño y dirigiéndose al altar frente al cual, caen de rodillas al pronunciar el Conde las últimas palabras del drama.)* Calla, Ordoño. El Conde há muerto. Ven..... Roguemos á Dios por él.